

CONFERENCIA LXXXVII.

ESTIMACION DE LO QUE LOS PROTESTANTES Y ALGUNOS CATÓLICOS POCO INSTRUIDOS LLAMAN PEQUEÑECES EN LAS PRÁCTICAS DE LA IGLESIA.

EL DR. No puede negarse la importancia ni la dignidad de los motivos que inducen á los Soberanos Pontífices á conceder indulgencias; pero las prácticas y los objetos á que se unen estos bienes espirituales están muy léjos de merecer la misma aprobacion, de manera que con dificultad pueden los Católicos comprender y justificar su uso en presencia de las diversas sectas heréticas. Este es verdaderamente el lado débil de la Iglesia romana, como que autoriza á nuestros adversarios para echarnos en rostro con los ofensivos términos de *pequeñeces* y *supersticion*.

EL TEÓL. Mucho siento para vos que al reconocer el valor de los motivos que inducen á los Soberanos Pontífices á conceder las indulgencias, reserveis vuestras censuras para las prácticas y los objetos á que van anejas estas gracias espirituales. Bastará con pocas palabras para que podáis estimarlas en su justo valor, y para demostraros que léjos de ofrecer el *lado vulnerable* del Catolicismo, ni siquiera presentan á los herejes un pretexto plausible para dirigirnos las despreciables expresiones de *pequeñez* y *supersticion*. Sabed ante todo de una manera general que para juzgar nuestras prácticas y ceremonias religiosas, es preciso considerarlas en su significacion espiritual y en su objeto moral; porque si las consideramos en sí mismas, es decir, en lo que tienen de material, es muy posible que nos parezcan tan indignas de nosotros como del culto divino. En efecto, si de ellas juzgamos por lo que afecta á los sentidos, ¿qué diremos, por ejemplo, de la señal de la cruz, del agua bendita que hay á la entrada de las iglesias y en nuestras casas, del pan que se distribuye durante la misa parroquial, de la ceniza y de otras muchas prácticas de que estamos haciendo uso por espacio de tantos siglos? Razon llevaréis entonces en afirmar que el Catolicismo presenta un lado débil y vulnerable, y que por consiguiente tendremos que resignarnos á la reconvenccion de *pequeñez* y *supersticion*.

Mas si consideramos estas ceremonias en su espíritu, es decir, en su objeto moral, desde luego las calificaremos de graves, dignas, úti-

les y santas. En la señal de la cruz veremos la fe del cristiano en el misterio de la adorable Trinidad, la confianza que le inspiran estos nombres sagrados, el reconocimiento de la regeneracion espiritual recibida en el Bautismo en nombre de las tres Personas divinas, el recuerdo de las obligaciones que hemos contraido con Dios, los actos de nuestra adoracion y de nuestro amor, y por último el homenaje de todos nuestros afectos al Padre criador, al Hijo que nos ha rescatado, y al Espíritu Santo que con su gracia y con su caridad nos vivifica.

El agua bendita que tomamos al entrar en el templo es el símbolo de la pureza de corazón y de entendimiento con que debe hallarse el cristiano en la casa de Dios. Por el destino que le da la Iglesia se la considera tambien como un medio sensible de conseguir efectos saludables así para el alma como para el cuerpo; porque al bendecir el agua, el sacerdote suplica al Señor que aparte las enfermedades y todas las desgracias en los lugares donde se derrame, haciendo experimentar en ellos el influjo de su divina misericordia por la presencia de su Espíritu Santo y protector ¹. En efecto, ¿qué es lo que se propone el católico al tomar el agua santificada? Su piadosa intencion consiste en alcanzar en nombre de la Iglesia todas las gracias que esta ha pedido á Dios en las oraciones de su bendicion.

El pan bendito, que se distribuye durante la misa parroquial, manifiesta á los fieles que todos son miembros de un solo cuerpo, representados por los fragmentos de un solo pan, y que entre ellos debe reinar la concordia, la paz y la caridad, para que formen un solo corazón y una sola alma en Jesucristo, cabeza adorable de este cuerpo místico. El pan santificado por las oraciones de la Iglesia es tambien la imagen de la comunión eucarística de la que participaban en otro tiempo todos los fieles que se hallaban presentes al sacrificio; de manera que en el acto de recibirle, el cristiano dirige sus deseos y sus afectos á la santa Eucaristía, proponiéndose una vida mejor para hacerse digno de tan augusto Sacramento. En esta distribucion comun aparece tambien el símbolo de la adorable y generosa Providencia que á todos da, y que todos deben invocar y reconocer. Al recibir este pan como el mendigo, el rico debe confesar el soberano derecho de Dios á las posesiones que tiene de su bondad, y el pobre fortifica su esperanza diciendo para sí con toda verdad: Por cierto no quedo exceptuado de esta distribucion, tambien me corresponde una parte de ella, y esto debe manifestarme que nuestro Padre celestial

¹ Rit. rom.

quiere alimentar á todos sus hijos, y que si le permanezco fiel recibiré de su divina bondad el pan cotidiano. El pan bendito recuerda tambien las ágapes ó comidas de caridad, porque el rico sentado junto al pobre debia acordarse de que todos formamos una sola familia, cuyo Padre, que está en el cielo, nos impone la obligacion de compartir los bienes de su providencia con los hermanos indigentes. Por último, al participar de este pan con sentimientos de piedad, recibimos las preciosas gracias que la Iglesia pide por nosotros en su bendicion: «Señor Jesús, dice con amor y confianza, pan de los Ángeles, pan vivo de eterna vida, dignate bendecir este pan, y que asea para todos los que le coman un principio de salud espiritual «y corporal»¹.»

La ceniza nos trae á la memoria la penitencia de que antiguamente se hacia uso, pues el primer día de la santa Cuaresma los fieles se presentaban para hacerse inscribir en el catálogo de los penitentes y para recibir de boca del sacerdote las mortificaciones que debian practicar. Tambien nos recuerda el origen y el destino de nuestro cuerpo, que está formado de polvo, y que en polvo debe convertirse. Al recibir la ceniza de mano del ministro de Jesucristo, el cristiano se reconoce culpable ante el Señor, y se condena á la penitencia, á la humildad y al desprecio de este cuerpo terrestre que propende continuamente á su disolucion. Esta doctrina, tan grave y austera como consoladora, abate nuestro orgullo, abre la tumba á nuestra vista, y nos pone de manifiesto el trabajoso sendero de la penitencia, que nos conduce á la santificacion del alma, á la pureza del corazón, á la amistad de Dios y á la esperanza de la gloria y de la felicidad del cielo. Tales son estas prácticas de la Iglesia consideradas en su espíritu: por esto las abrazamos con piadoso celo, sin ruborizarnos, sin creernos expuestos á la calificacion de *pequeños* y *supersticiosos*, porque ningun hombre ilustrado y razonable puede dirigirnos una reconvencion semejante.

Examinemos ahora los objetos materiales á que suelen ir anejas las indulgencias; mas ante todo conviene observar que la virtud de estas gracias no está incorporada en estos objetos como una calidad intrínseca, pues únicamente son estos objetos el signo de la concesion y á veces el medio de cumplir sus condiciones. Nadie puede negar cuán esencial es que los Soberanos Pontífices den á conocer su voluntad sobre las indulgencias que conceden. Por lo comun dirigen cartas con este objeto á las Comunidades, á las Iglesias, ó al Cato-

¹ Rit. rom.

licismo entero; los Obispos las hacen promulgar en sus diócesis, y los fieles que desean aprovecharse de la concesion se atienen á ellas exactamente. ¿Qué es lo que tiene todo esto de pequeño ó supersticioso? Nada absolutamente, porque los signos arbitrarios son lo que se quiere que sean, y tienen el valor que se quiere darles. Es probable que dichas censuras quedarian reducidas á la nada, si los Soberanos Pontífices comunicasen siempre sus gracias por medio de escritos muy auténticos, que es el medio de que hacen uso los Príncipes y los Reyes; pero preguntaremos á cualquier hombre de buen sentido, ¿por qué ha de quedar comprometida y desconceptuada la indulgencia, si el Papa la concede por medio de un Crucifijo ó de una imágen de la sagrada Virgen? ¿Es acaso menos precioso un privilegio, por haberle vinculado el Principe en la posesion de una medalla que lleva su efigie? No por cierto, y por consiguiente no hay derecho para censurar el uso de los objetos materiales en que se halla representada la concesion de las indulgencias.

Quiero tambien daros á conocer que estos objetos se adaptan admirablemente á su piadoso destino. Un Crucifijo, una imágen de la Virgen María ó de un Santo, harán siempre mas impresion en el ánimo de los fieles que una simple cédula de indulgencia, pues tendrán doble motivo para venerarlos, no solamente por sí mismos, según el espíritu de la Iglesia, sino tambien como signos que transmitan las gracias espirituales que han unido á ellos el Soberano Pontífice ó sus delegados. Prescribiéndose de ordinario algunas obligaciones, como una de las concesiones de la indulgencia, se concibe que la presencia de estos objetos religiosos contribuya para que las cumplamos con afectos de piedad y de fervor, pudiendo añadirse que la Iglesia, siempre consiguiente en su doctrina sobre el culto de la cruz y de las imágenes, cree útil multiplicarlas entre los fieles empleándolas como títulos venerados de sus beneficios.

¿Quién puede vituperar el piadoso designio de inducir á los fieles á conservar en sus casas y llevar consigo el venerable signo de nuestra redencion? Un Crucifijo ó una imágen de la sagrada Virgen son en cierto modo una predicacion continua que recuerda á cada uno las obligaciones de su estado, exhortándole á cumplirlas con exactitud. Muy diferentes son los sentimientos y las instrucciones que de estas piadosas imágenes sacan los esposos, los hijos y los criados, de los que podrian ofrecerles un cuadro, ó una lámina profana, mitológica ó de otra especie, que por su indecencia suelen ser un origen funesto de corrupcion y perversidad. Ni es menos evi-

dente que una cruz ó la imagen de la Reina del cielo, convienen mas al modesto seno de una mujer casada ó soltera, que un asunto alegórico, de ordinario sobrado significativo.

Hay otro objeto de piedad despreciado de ciertos herejes, mal acogido entre los hombres de mundo, y á veces poco estimado por algunos católicos, aunque fieles á sus deberes esenciales: tal es el Rosario. No pudiendo dedicarnos á investigaciones históricas sobre su origen y su antigüedad en la Iglesia, indicaremos tan solo las diferentes oraciones de que se compone, añadiendo algunas consideraciones sobre la manera con que se comprende en el Catolicismo esta práctica de devoción. Nada hay mas respetable que las palabras de que se hace uso en el rezo del Rosario: en primer lugar el Símbolo de los Apóstoles, compendio sencillo y profundo de nuestra fe; luego la Oración dominical, ó la sublime plegaria que el divino Salvador enseñó á sus Apóstoles; en seguida la Salutacion angélica, compuesta de las gloriosas palabras del Evangelio, dirigidas á la Virgen María por el arcángel san Gabriel y por santa Isabel, y seguidas de la súplica que hace la Iglesia á la Madre de Dios para que proteja á los pobres pecadores durante la vida y en el trance de la muerte; finalmente el *Gloria Patri*, etc., ó doxologia de la adorable Trinidad. Si los hombres de la ciencia profana se dignan analizar todas estas palabras venerables, nos atrevemos á desafiarles para que nos indiquen una sola que no esté conforme con la mas alta razon ó con la mas sólida piedad.

Lo que mas se impugna es la forma, pues suele preguntarse qué viene á significar la repeticion de las mismas palabras. ¿Qué necesidad hay de este número de decenas? ¿No seria mas razonable un discurso continuo? Podríamos ceñirnos á responder que el Rosario es una plegaria especial, destinado á ofrecer á Dios un número exacto de oraciones dominicales y doxologias, honrando tambien á la Reina del cielo con determinadas salutaciones angélicas, pues no estamos obligados á formular de la misma manera todas nuestras oraciones y alabanzas; mas ¿quién ignora que las reiteradas expresiones de los mismos afectos promueven y acrecen la piedad y el amor? No disgustamos ciertamente á la sagrada Virgen con reiterar este homenaje de nuestro reconocimiento, de nuestra veneracion y de nuestras esperanzas, porque siendo para nosotros la mas tierna de las madres, siempre serán agradables á su corazon las súplicas y los testimonios de nuestro amor. Otras observaciones debemos hacer todavía.

Yerran grandemente los hombres de mundo al imaginarse que en el Rosario nos contraemos á repetir una oracion vocal, porque por su medio se ocupa el entendimiento en una meditacion grave é instructiva, de manera que si se ha adoptado la repeticion de las palabras, seguramente es para facilitar estas consideraciones mentales, ó sea, para que la atencion pudiese presidir al ejercicio completo. El *Rosario* se compone de la Oracion dominical repetida quince veces, y de quince decenas de *Ave Maria*, á las que corresponden otros tantos misterios de Jesucristo y de su santa Madre. El fiel procura recordarlos por el mismo orden, y recoger las ideas y los afectos que producen en una alma piadosa; al propio tiempo adora, ruega al Señor y glorifica á la sagrada Virgen, repitiendo la Oracion dominical y la Salutacion angélica; pero no pudiendo convenir el Rosario á la mayor parte de los fieles, por causa de su duracion, se ha puesto en uso el Rosario comun, que nos representa en tres veces los quince misterios, llamados *de gozo, de dolor y de gloria*.

En este ejercicio de piedad, el católico consagra sucesivamente sus recuerdos de amor y de reconocimiento á la *Encarnacion* del Verbo, que se dignó hacerse hombre para salvarnos, como tambien á la *Visita* que hizo María á su prima santa Isabel. En aquella circunstancia tan gloriosa para la familia de Zacarías, el Salvador de Israel santificó en el seno de su Madre al que debia ser su Precursor. El tercer misterio de gozo es la *Natividad* de Jesucristo, que vino á la tierra para traer la paz á los hombres y reconciliarlos con el cielo. Los otros misterios de gozo se cifran en la *Presentacion* del niño Jesús en el Templo, y en aquella circunstancia de su vida en que su santa Madre y san José, despues de haberse visto separados del divino Niño, le hallaron en el Templo sentado entre los Doctores.

Los misterios de dolor nos representan la Pasion de nuestro divino Redentor. El primero nos hace contemplar su profunda tristeza en el *huerto de los Olivos*, donde sudó sangre y agua; el segundo nos ofrece el espectáculo de su cruel *Azotamiento*, que hizo una llaga de todo su cuerpo; el tercero le muestra *coronado de espinas* que ensangrentaron su sagrada cabeza, y en los otros dos vemos al Salvador en el *camino del Calvario*, donde sucumbió bajo el peso de la cruz; asistimos á su *Crucifixion*, á su larga agonía... y recogemos su último suspiro.

Á estos misterios de dolor suceden los de gloria: la *Resurreccion* de Jesucristo, que es su triunfo y nuestra santificacion á la vez; su *Ascension al cielo*, donde los justos deben reinar con él durante la eter-

nidad; la *Bajada del Espíritu Santo* sobre los Apóstoles, que en seguida fueron á anunciar la buena nueva de la salvacion á los judíos y á los gentiles; la *Asuncion* de la sagrada Virgen, misterio de la gloria de nuestra tierna y augusta Madre, y finalmente su *Coronacion en el cielo*, donde se ve proclamada Reina de los Ángeles y de los hombres. Hé aquí un resumen de los graves asuntos que nos ocupan cuando rezamos el Rosario. No pueden compararse ciertamente con estos misterios religiosos las ideas consignadas en las meditaciones filosóficas, por sublimes y fecundas que se las suponga para el corazón y para la inteligencia. Estos misterios son manantial inagotable de profundas lecciones y sentimientos; en ellos se encierran la historia inmensa de las miserias del hombre despues de su pecado, de la infinita misericordia de Dios, de las diferentes circunstancias de la vida del divino Redentor, de sus angustias, de su muerte, de su resurreccion y de su gloria, así en la tierra como en el cielo. Nuestra piedad asocia la Madre de Dios á la mayor parte de estos misterios, para ofrecerle con alegría el tributo de nuestra veneracion, de nuestra confianza, de nuestras felicitaciones y de nuestro amor.

Tambien se ha censurado en las indulgencias la naturaleza de los actos prescritos para recoger sus frutos. «¡Qué! se dice, ¿cómo es posible que con solo recitar una oracion tan breve como el *Angelus*, ó con dar dos cuartos por semana, ó con pronunciar algunas palabras de invocacion se me remita en todo ó en gran parte la pena temporal debida á mis pecados?» Hé aquí la confesion de la miseria del hombre, que solo aprecia las cosas por su valor métrico y ponderado; pero muy diferente es el proceder con que Dios ostenta su magnificencia y sus infinitas riquezas, pues no teniendo necesidad ninguna de nuestros sacrificios ni de nuestras obras, estima mas que todo las intenciones, la buena voluntad, y los afectos de nuestro corazón. Sí, dirémos tambien, no puede negarse que los actos impuestos por la Iglesia son de suyo fáciles y desproporcionados con el beneficio de la indulgencia, que siempre es una gracia; mas para apreciarle en su justo valor es preciso tomar en cuenta su objeto y el resultado en su conjunto, pues solo entonces se conoce lo mucho que contribuyen á la santificacion de las almas y á la gloria de Dios. Así cuando el Soberano Pontífice prescribe, como requisito esencial de la indulgencia, la obligacion de purificarse por medio de la Confesion sacramental, y recibir la sagrada Eucaristía, ¿quién no comprende el bien moral, la edificacion comun y el honor divino que resultan de estas confesiones, de estas comuniones innumerables y de

tantas y tan buenas obras como se hacen en el Catolicismo con motivo de la indulgencia? Antes de clasificar el *Angelus* entre las pequenezes, es preciso imaginarse los millones de fieles que en todos los países donde se halla en uso esta práctica suspenden sus ocupaciones tres veces cada dia, excitando en su alma la idea del Verbo que se hizo hombre para salvarnos, y rindiendo un piadoso homenaje de veneracion á la Madre del divino Redentor.

Los dos cuartos semanales que se consagran á la Propagacion de la Fe, son para la mayor parte de los fieles un sacrificio muy leve; mas al imponer una limosna tan módica como una de las condiciones de la indulgencia, el Vicario de Jesucristo ha querido que esta Asociacion fuese una obra católica, es decir, que los pobres pudiesen contribuir fácilmente con los ricos al ejercicio de tan sublime apostolado por medio de una limosna insignificante, junta con oraciones y otros actos de piedad. Si contemplamos el magnifico espectáculo de una Asociacion tan santa, observaremos la invocacion que se está haciendo continuamente en el orbe católico para pedir al Señor la conversion de los paganos, y los millares de fieles que en los solemnes dias que recuerdan el triunfo de la Cruz se acercan al tribunal de la Penitencia, y en seguida á la sagrada mesa, para suplicar al Dios de misericordia con todo el entusiasmo de la caridad, que se digne abrir á tan desgraciados *extranjeros* la senda de la santificacion y de la salvacion. Es indudable que estas súplicas no quedan desestimadas, porque el Señor multiplica los misioneros apostólicos sosteniéndolos y fortificándolos en su penoso ministerio, y en medio de las mas crueles persecuciones; numerosos infieles escuchan atentamente las lecciones del Cristianismo, admiten el tesoro de la fe que el cielo les depara, piden que les regenere en las aguas del Bautismo, ingresan en el aprisco del divino Pastor, y de esta suerte la Iglesia cuenta nuevos hijos, extiéndese el reino de Jesucristo, y Dios adquiere nuevos adoradores.

En lugar de esta caridad tan interesante, de este celo tan ardiente, de estas buenas obras que se hacen con tanto fervor, y de esta módica limosna que ofrecen los individuos de la grande Asociacion para propagar la fe, ¿qué es lo que vemos entre las sectas protestantes? Sumas en realidad inmensas, pues cada año se invierten mas de cuarenta millones en la traduccion é impresion de muchas Biblias, cuyo sentido suele ser infiel y aun absurdo, para que sean el juguete de los pueblos á quienes se distribuyen con el objeto de *cristianizarlos*. Tambien hay destinada una cantidad enorme para recibir gene-

rosamente á los ministros evangélicos, que cargando con estas Biblias adulteradas van con su mujer y sus hijos á difundirlas entre los Paganos que las desprecian, y entre los Católicos, á quienes horrorizan unas producciones tan corruptoras. Tal es la asociacion protestante, tal es el método que han adoptado sus ministros para evangelizar, si no es que establezcan factorías de comercio en las comarcas que procuran explotar con su industria, ó que se establezcan en un clima afortunado, para pasar una vida feliz y tranquila con los afectos de su amada familia. Sus insignificantes triunfos, si es que los alcanzan, deben atribuirse las mas veces á la vergonzosa condescendencia de los miserables que abrazan su secta por dinero, para abandonarla en el mismo punto que no vean retribuido su cristianismo. En otras partes *interesan* á los convertidos con la concesion de privilegios, ventajas y empleos lucrativos, ó los mantienen en su secta con medidas violentas que deben considerarse como una cruel y afrentosa tiranía.

¿Qué dirémos al ver por una parte tantos triunfos con tan pocos recursos, y por otra parte algunos frutos abortados y corrompidos, no obstante las sumas inmensas que se invierten anualmente? Que ni los evangelizantes ni sus compañeros están animados con el fuego sagrado del amor de Jesucristo. Llevados de la idea de que sólo ejercen un oficio generosamente rétribuido, jamás han podido comprender el entusiasmo del verdadero apóstol católico, ni su celo, ni su noble desprendimiento, ni su castidad, ni su amor al trabajo, ni su pobreza, ni el valor heroico que le arrastra á todos los peligros para exponerle generosamente á los tormentos y á la muerte por la gloria de Dios, y por la salvación de los pueblos que tiene la divina mision de evangelizar. Además de estas causas del poco ó ningun éxito de la asociacion protestante, hay otra principal, y es que el gran coloso material á que dan impulso carece de alma; porque los sacrificios pecuniarios que se imponen sus numerosos suscriptores no van acompañados nunca de la verdadera oracion ni de los buenos actos de la caridad de Jesucristo. Por esto no es posible obtener en favor de los ministros evangelizantes las virtudes apostólicas, ni tampoco las gracias celestiales que ilustran las conciencias y convierten los corazones en favor de los fieles.

Si consideramos la grande Asociacion formada en la Iglesia católica, al lado de los recursos pecuniarios que por su insignificancia forman el mas sensible contraste con las enormes sumas de las suscripciones protestantes, verémos los esfuerzos de la oracion, las obras

de la fe, el movimiento y la acción de la mas tierna caridad, y contemplarémos en nuestros misioneros todas las virtudes de los primeros Apóstoles de Jesucristo. Por esto el Señor ha querido manifestar el favor con que acepta el entusiasmo y los sacrificios de la piedad; por esto reproduce en nuestros dias los heroicos ejemplos de la primitiva Iglesia, concediendo la corona del martirio á muchos misioneros apostólicos, entre los cuales los hay hermanos y amigos nuestros ¹. Tambien han alcanzado la palma de los Mártires un crecido número de sus fervientes neófitos; mas, ¿quién es el que anima esta santa Asociacion que con tanta eficacia contribuye al glorioso triunfo del apostolado? ¿Quién es el que la hace tan generosa y entusiasta en sus oraciones y buenas obras, en favor de la propagacion de la fe? Sólo Dios, por medio de su caridad, al propio tiempo que el Soberano Pontífice, por medio de sus alocuciones paternas y por la concesion de estas gracias espirituales, de estas *indulgencias* que tan pequeñas se imaginan ciertos católicos poco instruidos, y que tan supersticiosas parecen á los Protestantes.

EL DR. Comprendo el valor que tienen estas prácticas para las personas de una piedad avanzada y algo singular; pero tengo para mí que no deben imponerse de una manera general, pues es muy natural que estas devociones de indulgencias, lo mismo que el rezo del Rosario, inspiren alguna repugnancia á los hombres instruidos.

EL TEÓL. Mucho siento que sea tan tardía vuestra observacion sobre la necesidad de estas prácticas; tal vez las habeis juzgado con prevención, creyendo que se imponen como un deber riguroso. Bueno es, pues, saber que léjos de prescribir á nadie estos ejercicios de piedad, la Iglesia se contrae á presentarlos como medios de santificacion á los que quieran hacer uso de ellos. Decís tambien que las devociones de indulgencias y el rezo del Rosario deben de repugnar á un hombre instruido, como si estas prácticas estuviesen reservadas para las mujeres (á excepcion de las sábias), y para los hombres iliteratos; pero bien podeis recordar ciertos nombres bastante imponentes que en estas conferencias hemos citado en favor de las indulgencias. Vamos á ver tambien lo que de ellas dicen dos varones célebres, que seguramente contaís entre los *instruidos*: «La indulgencia nos es muy

¹ Entre los misioneros de nuestra Congregacion que en estos últimos años han sufrido la muerte por la fe, he conocido de una manera muy íntima á Mons. Borie, Mr. Cornay, Mr. Marchand, Mr. Delamotte, Mr. Chastan y Mr. Mauban. Mons. Imbert, Mr. Jacquart y Mr. Gagelin salieron de Francia antes que entrara yo en la Congregacion.

«útil en todos conceptos, pues siempre tenemos motivo para creer «que estamos muy distantes de haber satisfecho segun nuestras obligaciones; y de aquí se sigue que seríamos enemigos de nosotros mismos si no recurriésemos á las gracias y á las indulgencias de la «Iglesia.» Así se expresa Bossuet ¹. Oigamos ahora á Fenelon: «¿No «puede acaso la Iglesia hacer uso de esta condescendencia, sin fomentar la pereza de los pecadores impenitentes y sin dispensarlos «de la penitencia evangélica?... Estos sufragios son muy preciosos, «y no disminuyen la fuerza de esta verdad los abusos que pueden cometerse en este punto ².» Aun en el dia podríamos citar á muchos hombres distinguidos por su saber, que reciben con veneracion estas gracias espirituales, y que se dedican con religioso celo á recoger sus saludables efectos.

Me parece que no podeis censurar en sí mismo el uso del Rosario, cuya naturaleza y forma hemos examinado con bastante detencion en esta conferencia. «¿Á quién puede ser útil, pregunta Bossuet? A todos, pues contiene todo lo que hay mas necesario y conveniente «en la Religion ³.» Y en otra parte dice: «Por esta razon se lee dicho Evangelio en la santa solemnidad del Rosario ⁴.» Esta práctica no solamente está en uso entre los fieles de la clase del pueblo, pues podríamos invocar en este punto algunos nombres propios, de la misma manera que en las indulgencias, si quisiéramos citarlos entre nuestros contemporáneos, para probar que hay hombres de gran saber que no se desdennan de humillarse á esta *pequeña devocion*. Hasta aquí me he contraido á incluir á los legos entre los hombres instruidos de que hablais; pero sin duda consentiréis en clasificar entre ellos á los Pontífices de la Iglesia católica, y á la mayor parte de sus ministros. No ignorais, á buen seguro, con qué celo inducen estos á los fieles á aprovecharse de las indulgencias, la buena fe con que se prestan á todo lo necesario para hacer cumplir sus condiciones, y la diligencia con que se someten ellos mismos á todas las obligaciones impuestas para recoger sus efectos espirituales. El Rosario es tambien una práctica general en el clero católico, pues casi todos los Pontífices y presbíteros le rezan con frecuencia, y los mas de ellos cada dia.

Al dar principio á nuestras conferencias sobre estas materias, deciais que algunos protestantes cifran en las indulgencias el motivo de la escision religiosa del siglo XVI; mas, ¿qué sentido quieren dar

¹ Tom. VI, pág. 182. — ² Tom. II, pág. 200. — ³ Ibid. pág. 36. — ⁴ Tomo XV, pág. 464.

al término *motivo*? Muy errado anda el que considere á Martin Lutero como un sacerdote virtuoso, de una conciencia pura y delicada, de una alma verdaderamente religiosa, llena de una santa indignacion al ver el abuso que de las indulgencias se hacia en algunas comarcas de Alemania. Desengañaos; lo que echó á aquel hombre en la herejía no es un exceso de celo por la gloria de Dios y por la disciplina de la Iglesia del Cristo; pues si consideramos que desde el principio mismo de sus predicaciones furibundas no se contrae á combatir el abuso, sino que ataca y rechaza el mismo dogma, veremos que antes de la promulgacion de las indulgencias era ya un herejiarca completo: «Una noche que estaba sentado á la mesa con sus «camaradas, de buen apetito y de alegres chistes, maldiciendo jovialmente de los Papas, de los Obispos y de los Frailes, á quienes «echaba juntos en el infierno, recayó la conversacion en Tezel (el «religioso dominico que predicaba las indulgencias en Sajonia); Lutero se echó á reir (y se produjo en términos que por impíos y licenciosos hacen ruborizar...). Supone que Tezel es un hombre sin «Dios, un hereje, un *papista* ¹.» Llega, por fin, el famoso sermón de Lutero, que nos muestra, no ya un simple reformador de abusos, sino un verdadero hereje. «Digo que es imposible probar por la Escritura que la Justicia divina exija del pecador otra satisfaccion ó «penitencia que una enmienda de corazon, pues en parte alguna «prescribe el concurso del acto ó de la obra, segun está escrito en «Ezequiel: El Señor no imputará el pecado al que se arrepiente ó que «hace el bien.» Y luego se produce abiertamente contra las indulgencias; «porque, es preciso notarlo bien, dice el juicioso historiador, no solamente combate el abuso, sino que detesta el remedio «espiritual ².»

Sobrevinieron diversas circunstancias que secundaron las violentas predicaciones del herejiarca, y consumaron aquella deplorable escision. «Los nobles alemanes por su parte odiaban al Clero. Por la «mayor parte salteadores de caminos, querian ejercer su oficio en «paz, y mas temian al Papa que al Emperador... Así se habia ingerido de generacion en generacion en el cuerpo de los caballeros «teutónicos una antigua reliquia de odio contra la corte de Roma. «Cuando sucedia en Alemania alguna gran desgracia, ponian la vista en Roma, y la acusaban altamente; el pueblo habia acabado por «creerlo... Los Príncipes tenian igualmente motivos de interés para «favorecer la escision que se preparaba.» Por esto se apresuraron á

¹ *Historia de Lutero*, por Mr. Audin. — ² Ibid.

proteger con todas sus fuerzas á Lutero, y á darle buena hospitalidad, como dijo él mismo á Tezel en los siguientes términos, que ciertamente revelan muy mal gusto: «Yo, Martin Lutero, estoy en Witemberg, y participo á todos los inquisidores de la fe, comedores de hierro candente y rajantes de peñas, que aquí se halla buena hospitalidad, puerta abierta, mesa puesta y mucha amabilidad, merced á la benevolencia de nuestro duque y príncipe, el elector de Sajonia¹.»

CONFERENCIA LXXXVIII.

LA EXTREMAUNCION.

EL TEÓL. Dios se ha dignado subvenir á todas las necesidades espirituales del hombre, proporcionándole socorros análogos á las diversas situaciones de la vida. Regenerado en las aguas saludables del Bautismo, se ve fortificado en la Confirmacion, alimentado con la divina Eucaristía, y purificado de la mancha del pecado en el sacramento de la Penitencia. Si por las dolencias corporales no puede ir á reconciliarse en la casa del Señor, y participar de la santa mesa, Dios manda á sus ministros que vayan á visitarle en su enfermedad, y llevarle su paz con el perdon de sus faltas, y él mismo se ofrece á su amor y á sus adoraciones, uniéndose á su alma por medio de la Comunión ó del Viático celestial, para alentarle y sostenerle en el último combate de la vida.

No han bastado sin embargo á la misericordia del Señor unas gracias tan abundantes: el tierno cariño que profesa á sus hijos le ha inducido á instituir un Sacramento especial en favor de los enfermos, para borrar las reliquias del pecado, curar el alma de la angustia que contrajo por el mismo pecado, ponerla robusta é inalterable contra los ataques de sus enemigos, infundirle una confianza saludable en la bondad divina, y finalmente restablecer la salud del cuerpo, si Dios lo cree conveniente para la santificacion y la salvacion. Este rito sagrado es la Extremauncion, así llamada por ser la última uncion que la Iglesia administra á sus hijos, pues las otras se hacen en el Bautismo, en la Confirmacion y en el Orden. Esta preciosa insti-

¹ Historia de Lutero, por Mr. Audin.

tucion del divino Salvador viene consignada en los siguientes términos en la epístola de Santiago: *¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame á los presbiteros de la Iglesia, y oren por él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor. Y la oracion de la fe salvará al enfermo, y el Señor le aliviará; y si se halla con pecados, se le perdonarán¹.*

EL DR. ¿Pueden indicarse en la Extremauncion todos los caracteres de un verdadero Sacramento?

EL TEÓL. Primeramente vemos en ella el signo sensible en el óleo que sirve para la uncion santa con la oracion del sacerdote. No es dudosa la produccion de la gracia, porque sus saludables efectos consisten en la remision de los pecados y otros dones espirituales: de suerte que toda la dificultad consiste en determinar si la Extremauncion fue instituida por Jesucristo. Al tratar de los Sacramentos en general distinguimos dos instituciones, una directa y otra indirecta, y además demostramos que todos estos ritos sagrados fueron establecidos por el Salvador, siendo este un dogma de nuestra fe católica; pero basta comprobar la produccion de la gracia, unida en la nueva ley á algun signo sensible, para afirmar que sólo Jesucristo pudo atribuir semejante virtud á este simbolo material. Por esto dictó el concilio de Trento la definicion siguiente contra los novadores que comparaban la Uncion santa á la bendicion del agua y de la sal, establecida por los hombres, ó que osaban calificarla de Sacramento imaginario, ó sea, de verdadera comedia². «Si alguno dice que la Extremauncion no es un verdadero Sacramento instituido por Nuestro Señor Jesucristo y promulgado por el bienaventurado apóstol Santiago, sino solamente un rito que nos han legado los santos Padres, ó un Sacramento imaginario, ó una ficcion humana, sea excomulgado³.» Poco importa el modo de la institucion, pues el hecho es que asciende á la autoridad de Jesucristo; pero las palabras del Concilio indican con bastante claridad que fue establecido directamente por el Salvador y promulgado por el apóstol Santiago. También la vemos clasificada entre los Sacramentos en el decreto de Eugenio para los armenios, y en las cuestiones dogmáticas dirigidas en el concilio de Constanza á los partidarios de los novadores.

Atendiendo sin embargo á las prevenciones de los Protestantes contra la doctrina de los Concilios, y particularmente del de Trento, vamos á ver qué idea tenian de la Extremauncion los antiguos Padres de la Iglesia, ó si la clasificaban entre los Sacramentos. Orígenes cita las palabras de Santiago, y compara esta Uncion á la Pe-

¹ Jac. v. — ² Lut. de Capt. Bab.; Calv. Inst. lib. 4. — ³ Ses. 14.